

Santuarios

Te hundiste en la noche más compacta y te cegó la luz de Los Tres Reinos y Los Cuatro Elementos. Abrazaste el mundo, deslumbrado y suspenso, con indefinible y delicioso sentimiento de horror. Pero toda tristeza abdicó ante los vestigios ardientes y el tropel de las olas. Por los sentidos te despojaste de esperanzas cobardes, de sombra y pesantez. Amaneciste en la otra ribera, más cerca de ti, delectándote.

Luis Cardoza y Aragón *Dibujos de Ciego*

Estamos sentados en una marisquería del Mercado Medellín en la colonia Roma, fuimos a ver el mural que hace unos meses desarrolló en la parte alta de una de las fachadas del mercado Cristian Pineda, hablamos de este mercado transcultural, en dónde lo mismo se pueden encontrar cervezas o café colombiano, que axiote yucateco o mole oaxaqueño. Mucho de la obra de Cristian habla sobre esa mezcla de orígenes y culturas en el mundo actual. Siendo uno de sus temas centrales la migración es inevitable hablar sobre las nuevas comunidades híbridas, tanto las que se forman en los países de destino como las que se van modelando en los pueblos de origen. Hoy todo es interacción, se escuchan en el Mercado de Medellín las radios encimadas, los sonidos de una vieja canción del grupo inglés de Rock Queen se enredan con unos boleros que brincan desde un puesto de tacos. Cristian me cuenta cómo fue su relación con los comerciantes, con el mercado mientras pintaba allá en lo alto. Su esposa y su suegra belgas pasan de un “Vuelve a la Vida” a unos pulpos, también los idiomas se entremezclan en nuestra mesa. Pero después de haber visto hace unos días la serie Santuarios pienso que Cristian ha entrado en una etapa renovada de su vida artística, que ha llegado al

maná que había estado buscando por años y que todo lo que ha desarrollado antes converge ahí, en esos lienzos que expuso parcialmente. A lo largo de su trayectoria, Cristian Pineda ha tenido un continuo trabajo como promotor y activista cultural a la par de su desarrollo profesional como artista. Desde hace ya muchos años se vinculó al trabajo en favor de los migrantes, especialmente los migrantes que atraviesan nuestro país provenientes de Centroamérica y Sudamérica, pero ha manejado en general el tema, abordando obviamente los derechos y las realidades de nuestros paisanos que cruzan la frontera norte y este trabajo lo ha llevado a realizar talleres artísticos en Europa, con migrantes y desplazados por conflictos bélicos y políticos en sus lugares de origen. Las herramientas para sus denuncias siempre han sido el arte y sus diversas expresiones. Ha caminado las rutas de migración con los que atraviesan nuestro país desde Sudamérica y Centroamérica hacia los Estados Unidos y además de documentar en muchas formas esos periplos, ha realizado piezas efímeras, instalaciones in situ con los materiales que este peregrinar de miles de personas van dejando en el camino: ropas, botellas, envoltorios de alimentos, zapatos, pedazos de un teléfono o una radio. Muchos artistas han aportado sus creaciones para exposiciones de denuncia o para recaudar fondos o para enmarcar discusiones en seminarios o eventos académicos organizados por Pineda desde su plataforma de arte Migrantes Frontera Sur. Recuerdo que en el 2011 invitó a Alejandro Santiago a exponer su serie de **Familias Migrantes** en la explanada del Museo Memoria y Tolerancia y La Secretaría de Relaciones Exteriores, un evento vinculado al Día Mundial del Refugiado organizado por el ACNUR –ONU México y el Gobierno del Distrito Federal, o un año antes en 2010 donde lo asistí para dar unas palabras por la exposición Migrantes Frontera Sur exhibida en el Centro Cultural Casa Lamm, que acompañaba los esfuerzos del Padre Solalinde y su refugio para migrantes en Ixtepec, Oaxaca. De hecho Cristián inició su vínculo con la migración precisamente en su natal Juchitán, de dónde Ixtepec queda cerca, y junto con Demián Flores iniciaron una serie de actividades encaminadas a brindar un espacio de expresión y solaz cultural a los que pasan por el refugio de Solalinde, pero también a impulsar la denuncia a través del arte y a reunir fondos para el proyecto. La

historia ya es larga y se refleja también en muchas creaciones y series del propio Cristian, tanto gráficas como pictóricas, tanto efímeras como tradicionales.

Pero Cristian también se ha dedicado al impulso de residencias artísticas, publicación de ediciones, organización de talleres a través de su asociación Centro Cultural Bacaanda, haciendo llegar a su comunidad a más de 150 artistas muchos de ellos de renombre nacional, como el fotógrafo Antonio Turok por poner un ejemplo.

Paralelamente a toda esa actividad que involucra lo social en distintas acepciones, Cristian fue realizando sus propias obras tanto en el campo de la gráfica como de la pintura. Sus trabajos fueron afinándose, pero era en sus grabados y serigrafías donde alcanzaba su mayor fuerza expresiva y lograba sintetizar mejor sus ideas y su manera de abordar el arte. De pronto llega a Santuarios en la pintura y se da en sus telas un salto cualitativo, pareciera que hay al fin el hallazgo de una fuerza y un rumbo creativo en que las obras pasan de “buscar” a ser imágenes contundentes. Parece que el hecho fundamental radica en dos cosas, primero una atinada decisión técnica: Cristian deja de trabajar a partir de bocetos dibujados que después agranda sobre la tela para desarrollar sus composiciones pictóricas. Durante años el artista había desarrollado un método que tiene mucho de contemporáneo, pero que también se inserta en una tradición de las máquinas de dibujo que tiene siglos y que consiste en realizar una imagen dibujada y luego proyectarla sobre la tela con algún método, para entonces tomar ese dibujo agrandado como eje compositivo y conceptual de la obra que va desarrollarse. Pero realmente, cuando Cristian llega a **Santuarios** se independiza del método de trabajo desarrollado casi fielmente por años y se decide por obras espontáneas, en las que dibuja directamente sobre la tela para después intervenir el dibujo liberado con la pintura. Esta confianza ciega en su improvisación y decisiones plásticas se vuelve un elemento de libertad y seguridad al mismo tiempo, que hace de la imaginación lineal y de la

construcción de la imagen, una catarsis definitiva y contundente. Las líneas entonces son parafraseando a Cardoza, las líneas de su mano, el pulso mismo de la vida que se traduce en dibujo y eso es un posicionamiento muy importante. Por otro lado, la segunda decisión resulta de no atar su arte a ningún proceso social o político, a ninguna circunstancia o tema vinculado a su labor como promotor cultural u activismo artístico, sino abocarse a una búsqueda personal, íntima, con una fuerte carga de subconsciente vertido hacia la tela como un largo sueño aplazado, claro, eso no excluye que puedan surgir piezas de fuerte contenido crítico libertario, como por ejemplo *Imperio*, que fija el rostro mortecino del poder.

Bacaanda que quiere decir sueño en zapoteco, es el nombre del proyecto cultural que durante años Cristian animó en Juchitán y que incluyó la publicación de una revista, la presencia de artistas en residencias artísticas en el Istmo de Tehuantepec, la creación de un cineclub, el desarrollo de talleres de distintas técnicas de estampa y de pintura. Pero el verdadero sueño en materia creativa creo que ha sido llegar a esta serie en la que la mente trabaja en conexión directa con el grafito, donde primero se mancha la tela, se generan escurrimientos y esa materia pictórica aleatoria y arbitraria a la vez, sugiere el nacimiento y crecimiento del dibujo, el libre desarrollo de la línea que persigue a la poesía sin un plan definido y que vive y nace en el instante. En su libro *Correo Dadá* Raul Hausmann dice: “Dadá se distingue del pensador o el filósofo en que jamás se desespera por el significado de los valores cambiantes, aún si cambian minuto a minuto; de lo contrario, no lograría vivir, se volvería inmóvil – y esta ambivalencia de lo estático y lo dinámico es para él la noción elemental de la vida-.” Si bien la obra del juchiteco no encaja en estallido del dadaísmo y se acerca más a las obras del surrealismo, lo cierto es que la definición resume el salto dado por el artista al dejar de querer reflejar simbólicamente las “realidades” y generar imágenes estudiadamente significantes, para pasar a generar una obra que si bien no niega los mundos y problemáticas que había trabajado antes, ahora se propone encontrarlas dentro de un universo más amplio, sin un plan

preconcebido, en el que la aventura plástica pesa más que el discurso y la imagen se configura a pulso, ahí, con el pincel o el carbón caminando por la tela.

Cuando vi junto al artista la exposición en la bellísima Casa Frissac del centro de Tlalpan, donde mostró la mitad de los noventa trabajos que conforman la serie, Cristian empezó a hablarme de un regreso a los elementos primordiales: el agua, el fuego, el viento y la tierra. Pero no como símbolos sino como sensaciones que tenían recuerdos precisos, el viento y el agua en la playa del pueblo Huave de San Mateo del Mar, el fuego y la tierra y otra vez el viento en un campo de cultivo donde corren las llamas del incendio en la temporada de roza y quema. Las imágenes del pueblo de origen, las nubes, las grietas azules en el cielo, la luz de Juchitán. Efectivamente todo eso parece colarse de forma natural en la sucesión de cuadros: *Cuerpos de Viento*, *Agua Dulce*, ***Cuerpos de Tierra***, son algunos títulos y composiciones dónde se hace evidente que un recuerdo regresa a Cristian como un golpe de viento en la cara o como una ola, pero fluyendo sin plan preconcebido en esa tela que primero se llenó de manchas, luego surgió y serpenteó el dibujo y después otra vez el color empezó a bloquear zonas de ese dibujo, a desaparecer algunas formas y líneas, a tragárselas en áreas cromáticas que van haciendo una atmósfera que a pesar de estar como recortada generan la sensación de un todo fluido que se conecta, que se suma.

Lo que también es central en todas estas pinturas es la anatomía humana, muchas de las composiciones incluyen esqueletos o cuerpos que muestran los músculos, las estrías, la carne debajo de la piel, como en los estudios o diagramas anatómicos. Pareciera que en estas composiciones en que el artista se interna en el cuerpo, buscará señalar que está nadando hondo, bajo las capas que nos conforman, para llegar, como diría el poeta argentino Oliverio Girondo, a la masmedula, un neologismo que nos lleva muy lejos en

los adentros del ser creador. Cristian bucea esos parajes, y esa identificación entre el proceso creativo, la anatomía, los cuatro elementos, parece gritar esto soy, esto son los demás dentro de mí, estoy hecho de tanto mundo y tanta planta y tantos otros, y así se va pintando. Un cuadro de alta sugestión poética que apunta en ese sentido sería **Baile de la Consciencia**. En el mismo observamos a cuatro personajes conformados por áreas de colores vivos que parecieran mapas personificados, territorios humanos bailando entre piernas de esqueletos, la vitalidad entre el hueso de la muerte, la danza de lo que creemos conciencia pero que siempre está bailando en los límites de la vida, hombres y mujeres entre estrellas, ese universo inmenso que nos rodea y nos señala nuestro límites de conocimiento y consciencia y que al mismo tiempo grita que la única manera que tiene el hombre de alcanzar esa inmensidad es con la poesía y el arte, con la música y la danza. El hombre cuando es creador puede alcanzar a los astros y malabarearlos. Si en la literatura moderna James Joyce identifica a la ciudad con la anatomía humana, Cristian disecciona la anatomía para reintegrarla al espacio natural y cósmico. En **Cuerpos de Viento** los personajes están configurados por líneas que parecen deformadas o trazadas por ráfagas de aire, las siluetas temblorosas pareciera que están por deshilacharse, los perfiles de las cosas y los seres ondulan como si todo fuesen banderas agitadas por un tornado. Lo que vemos entonces, es que hay un diálogo entre el artista, los materiales, lo que va apareciendo casi en forma automática durante el proceso creativo. Hay una posición muy vinculada al surrealismo, de inmersión en la imaginación y el pensamiento profundo, de perseguir lo que dice la mancha y dejar nacer con asociaciones formales la siguiente forma a partir de lo que se encuentra al manchar y trazar. Como dije, después del dibujo viene un proceso de tapar con colores, y entonces también el resultado dibujístico va señalando los tonos a usar; empieza a aparecer un tema y los brochazos determinan un cromatismo a partir de lo que el dibujo sugiere, si el cuadro es acuático, dominarán los azules y verdes.

¿Cuál es entonces el santuario o los santuarios a los que ha llegado Cristian Pineda? Creo que hay un complejo de Santuarios muy personales, están el origen cultural, el despertar a la vida espiritual, la relación con la naturaleza, el posicionamiento político, el erotismo, lo esencial de la vida, por eso los cuatro elementos y la reflexión en torno a cosas como el hogar, la pertenencia a un sitio y finalmente el santuario del cuerpo, pero no el superficial sino que hay que entrar al Santuario de las entrañas y los huesos, como en las plantas al de las raíces e incluso ir adentro de las rocas. Es una revisión del propio ser, de la historia personal en términos sensitivos y sensoriales, se trata de una especie de arquitectura en la que cada habitación es un encuentro con otra faceta de sí mismo, con otro momento determinante: el acercamiento a las culturas prehispánicas, el vínculo con los animales o las plantas, las reflexiones en torno a la muerte y a la parte espiritual de la vida. Pero hay un santuario creo que es donde están todos los santuarios, incluso uno mayor que el cuerpo y la mente que alojan en sus ideas y sensibilidades a todos los demás, se trata del santuario de la pintura y el dibujo, el santuario del arte al que finalmente Cristian construye y accede logrando resumir en esta serie todas sus búsquedas previas, las caminatas en el desierto haciendo círculos con los objetos de los migrantes, las carpetas de grabados, las series pictóricas, todo confluye aquí, todos los aprendizajes maduran en estas noventa pinturas y cada pintura es una puerta en la compleja torre de conceptos y técnica liberadas con que Cristian enfrenta la tela.

Hay antecedentes que ya apuntaban hacia aquí, primero miles de dibujos pero en especial sus ***Dibujos Territoriales*** desarrollados en servilletas de papel. Luego la serie ***Maderas Corpus Terra***, realizada en hojas de triplay pertenecientes a cajas de transporte y en la que se ha limitado en usar el dibujo libre siguiendo tanto las vetas de la madera, como las etiquetas, las palabras impresas, los rayones, las manchas, las marcas, los sellos. En el caso de los ***Dibujos Territoriales*** la tinta se expande en el papel de la servilleta de tal forma que va marcando los rumbos del trazo e inclusive abre nuevas

formas no pensadas en un inicio. Por su lado, la serie ***Maderas Corpus Terra*** en actitud absolutamente surrealista encuentra los seres ocultos en los nudos y dibujos veteados de la madera. Esas palabras de las etiquetas de frágil, los sellos de importación o exportación, están entonces en el origen también de las letras, frases y vocablos incluidos en ***Santuarios***. Insisto que ya desde este momento, estos embalajes y servilletas dan pie a una posición surrealista ante el arte, inclusive las láminas de madera, las tablas son quemadas o ahumadas para agregar dibujos sobre ellas, el azar de la forma encontrada o sugerida por la traza natural del tronco cortado o por los caprichos del esfumado, harían las delicias de Paalen y Max Ernst, por mencionar dos nombres ineludibles de la experimentación surrealista en la plástica.

En esa línea de surrealismo, conforme fue avanzando en esta larga serie, las piezas empezaron a convertirse en una especie de vitrales, en cuanto a la estructura y los seres o personajes de las pinturas se hicieron híbridos, veíamos a plantas con un crecimiento orgánico de cuerpo humano y de animal, bocas con antenas de insectos, composiciones que se hunden en el subsuelo y nos dejan ver los dibujos de las raíces entre los minerales y rocas, plantas con dedos, libélulas con piernas femeninas, esófagos, vísceras, venas que parecen convertirse en tallos o guías de plantas que parecen tener plumajes, cuerpos bestializados, un aquelarre de formas y colores, como si las cosas y los seres no estuviésemos divididos y no fuésemos individualidades sino un todo continuo, enlazado de diversos modos, una red de redes en la que todos nos influenciamos a todos como en la teoría científica llamada El Efecto Mariposa y que dice que un aleteo de una mariposa influye en el clima al otro lado del océano por la cadena de sucesos que vienen tras este aleteo, desde la polinización hasta la reproducción de su propia especie. Algunas estructuras, de las que parecen nacer en el subsuelo e irse acumulando, me recuerdan ciertas obras de Wilfredo Lam, pero obviamente el tratamiento de los colores y la presencia de palabras cambian

totalmente el sentido de las pinturas y las acercan a José Bedia, un artista cubano también, pero contemporáneo.

La inclusión de palabras o frases la entiendo casi como textos fundacionales o míticos, cuando el verbo forma parte de la creación, cuando un ser sobrenatural, un dios un ser mitológico vuelve a nombrar el mundo el mundo se reinventa. Lo mismo hace Cristian en esta serie nodal de su quehacer pictórico y por ello las sentencias tienen un tono grandilocuente: “Levanta la Cara aunque por ahora no puedas ver la luz.” Y es que yo entiendo este Santuario pictórico como una verdadera iluminación en la trayectoria de Cristian, el momento en que le ha sido revelado el camino donde se condensan sus búsquedas anteriores.

Curiosamente, si vemos a primera vista las piezas nos parecerá que la imagen flota en una atmósfera fragmentada, pero luego, al observar y sentir los distintos trabajos, nos percatamos que lo que vemos es una trama de vínculos y fusiones, una enredadera de vidas, objetos orgánicos, elementos naturales, personajes, animales fantásticos y reales, vegetaciones y nubes. Así, el concepto que marca la mayoría de los cuadros, engarza también en las maneras en que se ha solucionado compositivamente cada trabajo. Claro está, que hay obras que contraponen esta armonía y fusión con el todo, y que vuelven hacia la denuncia, como es evidente en telas como **Implosión**, que al verlas nos lanzan un mensaje de violencia y desesperanza cifrado en cuerpos desmembrados, descuartizados. Esa imagen atroz pareciera querer señalar el momento de un país como el nuestro, que a pesar de su riqueza cultural milenaria y la calidad humana de su pueblo, se encuentra sumergido en tal vorágine de violencia y corrupción, que el Estado Nación ni siquiera puede garantizar a los ciudadanos el derecho básico a la vida. México como la imagen desarrollada por Cristian, **ha implosionado y yace** deshecho ante la mirada atónita de la comunidad internacional. Ante esta cruda realidad, que el artista ha podido constatar a lo largo de sus diversos trabajos de campo con la gente centroamericana que es perseguida, violada, robada, humillada,

esclavizada, mutilada y asesinada, Cristian ha decidido anteponer el arte y señalar las afinidades con el planeta y sus semejantes, es por ello que la clave de la colección que nos regala está obviamente en el cuadro que intitula ***Mi mundo es un santuario***, pieza de colores clarísimos como la luz, donde se adivinan hojas de plantas, un parto que puede ser el nacimiento del propio artista y formas que transitan ambiguamente entre órganos corporales y plantas, generando una idea de fertilidad. También en esta pintura como en casi todas, las formas figurativas alternan con las abstractas, dejando al espectador muchas lecturas abiertas, pues muchas áreas de la composición pueden invitar a pensar por ejemplo en un oleaje, pero al mismo tiempo, **son** nada más un dibujo sucesivo de rizos color verde. Lo mismo, la presencia de una cruz, deja muchas posibilidades simbólicas latentes, pero no impone ninguna, ni la cruz cristiana, ni ninguna otra. Esa posición de ambigüedad aparente, tiene que ver con una convicción que se manifiesta en otro cuadro llamado ***No hay Triunfo***, y es que como sabemos, en el mundo no hay absolutos, pues lo que para unos puede significar triunfar para otros sería la derrota más vergonzosa. Por ejemplo, para mucha gente el llegar a ser uno de los hombres más ricos del planeta parecería un triunfo evidente, y sin embargo, para un monje budista cuya doctrina le dicta la desposesión como vehículo para la iluminación y la paz plena, obtener miles de millones de dólares diariamente sería poco menos que el precipicio para sus aspiraciones y su forma de entender el mundo. El cuadro, parece abocarse más bien a las luchas absurdas de poder que los humanos nos imponemos en ocasiones en el seno de la pareja.

A lo largo de los distintos trabajos vamos encontrando una forma sutil de subrayar los orígenes culturales de un mexicano, hay referencias a los Olmecas y Aztecas, pero también en forma más delicada, en una obra titulada ***Planta Sacra***, una forma vegetal se vuelve un nudo o amarre entre los tres personajes principales del cuadro, si por ejemplo pensamos en el papel del maíz en México, podremos entender que hay vegetales estrechamente ligados a la historia y desarrollo de un pueblo o una cultura.

Con esa pieza, Cristian lleva también a un extremo la carga casi siempre positiva de este conjunto de cuadros, la idea de un mundo de vínculos evidentes y sutiles, la idea de que somos parte de un todo cósmico y no un grano de arena aislado en el desierto.

Fernando Gálvez de Aguinaga